

LOS MOVIMIENTOS DE LOS "POBRES DE CRISTO" EN LA EDAD MEDIA: SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO

MOVEMENTS OF THE "POORS OF CHRIST" IN THE MIDDLE AGES: SAINT FRANCIS AND SAINT DOMINGUE

Jorge Álvarez Calderón¹

RESUMEN

El trabajo reflexiona en torno al tema central de la pobreza, en el marco del origen y rápido crecimiento de franciscanos y dominicos, quienes desde 1220, sin haber tomado contacto entre ellos, en el lapso de apenas setenta años, consiguieron influir profundamente en el proceso de renovación de la Iglesia del siglo XIII. Aunque los dos fundadores no tuvieron relación directa en los inicios de sus fundaciones, siendo tan diferentes en sus intuiciones, no obstante la historia los vincula y los ubica como iniciadores de las llamadas "órdenes mendicantes" y por tanto, como expresión del reclamo generacional por una auténtica reforma eclesial en el sentido de un regreso a las fuentes y, en particular, a Cristo y al pobre". Ambos, quizá sin medir cuán perspicaces y oportunos eran, supieron recoger las inquietudes espirituales centrales de su época y las supieron canalizar para bien del conjunto de la Iglesia. La acogida que tuvieron entre sus contemporáneos es indicio suficiente que su propuesta respondió ayer -y está respondiendo hoy- a una necesidad sentida.

PALABRAS CLAVE:

Pobre, renovación, reforma, evangelio, actuar profético, Reino, menores.

ABSTRACT

The work reflects on the main theme of poverty in the framework of the origin and fast growth of Franciscans and Dominicans, who since 1220, without having made contact with each other, in the span of only seventy years, had a profound influence on the renewal process of the Church of the thirteenth century. Although the two founders had no relationship at the beginning, and being so different in their intuitions, history connects and acknowledges them as initiators of the called "mendicant orders" and therefore, as an expression of generational claim to an authentic ecclesial reform in the sense of a return to the sources, and in particular, to Christ and the poor. Both, perhaps without measuring how insightful and timely they were, collected central spiritual concerns of his time and correctly canalized them for the good of the whole Church. The reception among their contemporaries is sufficient indication that their proposal responded yesterday-and today- to a heartfelt need.

KEYWORDS:

Poor, renewal, reform, gospel, prophetic act, Kingdom, minors.

* Sacerdote Investigador de la Diócesis de Chosica: jalvarezc77@gmail.com

INTRODUCCIÓN

No se puede hablar de la Iglesia en el siglo XIII sin hacer referencia a dos testigos que la marcaron cualitativamente: Domingo de Guzmán y Francisco de Asís. El primero, originario de la península Ibérica, nació por el año 1170 y murió en 1224; el segundo, unos diez años menor (1181), en la región itálica, y murió en 1226, apenas dos años después de Domingo. Las familias religiosas que ambos iniciaron tienen el mismo año de origen, 1220. Nada indica sin embargo que los dos fundadores hubieran tenido relación directa en los inicios de sus fundaciones. Pero, aunque muy diferentes en sus intuiciones, la historia los vincula y los ubica como iniciadores de las llamadas "órdenes mendicantes".

Domingo y Francisco, sensibles a los problemas nuevos que planteaba la sociedad de inicios del siglo XIII, fueron por lo tanto también sensibles al reclamo generacional por una auténtica reforma eclesial en el sentido de un regreso a las fuentes y, en particular, a Cristo y al pobre. En todo tiempo, pero sobre todo en tiempos de crisis, los místicos auténticos son apasionados de Dios y por ello mismo participan apasionadamente, no sólo del amor a Dios sino del amor apasionado de Dios por el mundo. Su misticismo se hace historia porque, a ejemplo de Jesucristo, viven con hondura el misterio de la encarnación.

Es lo que ocurre con estos dos hombres. Ellos supieron recoger, quizá sin medir cuán perspicaces y oportunos eran, las inquietudes espirituales centrales de su época y las supieron canalizar para bien del conjunto de la Iglesia. La acogida que tuvieron entre sus contemporáneos

es indicio suficiente que su propuesta respondía a una necesidad sentida. Sólo así se puede explicar el rápido crecimiento de estas nuevas fraternidades: no fue casual en efecto, que a fines del siglo, en el lapso de apenas setenta años, el pequeño grupo inicial de los menores se hubiese multiplicado hasta llegar al increíble número de cuarenta mil hermanos menores y los dominicos a unos veinte mil!... Y eso a pesar de las fuertes crisis ya generadas, alrededor del tema central de la pobreza, dentro de las dos jóvenes familias.

Este trabajo tratará de explicar este fenómeno sorprendente. Quisiéramos ayudar a descubrir el motivo de ese éxito inusitado, aquello que permitió que las intuiciones místicas de esos dos grandes cristianos dieran lugar a un movimiento con tanto dinamismo y eficacia transformadoras.

Para ello será preciso, en primer lugar, indicar algunos rasgos de esos siglos tan especiales de la edad media, para luego ubicar en su contexto las intuiciones de Francisco y de Domingo, y señalar finalmente, de qué manera y en qué aspectos se puede hablar de "eficacia transformadora" de las opciones en relación a la pobreza, que ambos fundadores asumieron con tanta autenticidad. Y eso no sólo en lo que se refiere a una reforma interna de la iglesia sino en las repercusiones para el conjunto social y, muy particularmente, para los pobres de ese siglo.

I. LOS CAMBIOS EN LOS SIGLOS XII Y XIII

a) Crisis en la sociedad feudal y nuevos rostros de pobres.¹

¹ Cf. La pauvreté, Le Cerf, 1952, muy especialmente el artículo de M.D. Chenu op: "La pauvreté mendicante: St. Dominique"; también: "Les pauvres, un défi pour l'Eglise"; los artículos de Bruno Carra de Vauz: "La

Varios siglos se necesitaron para construir la Europa feudal después de las invasiones bárbaras y el desmoronamiento del imperio romano. En ese largo y tormentoso proceso, los siglos XII y XIII pueden representar el final, la época cumbre y madura del tipo de sociedad logrado. Se puede decir que Europa alcanza en esos años una cierta mayoría de edad.

Pero, como siempre en la historia, los cambios profundos llegan a un tipo de progreso que, por su carácter limitado, genera a su vez, inevitablemente, graves problemas que no puede ni evitar ni esconder. Al lado del desarrollo de una época, se gesta también, de manera sorda y dolorosa, la crisis que la llevará a su fin y exigirá luego otros cambios, otro orden.

En los siglos XII y XIII se nota una verdadera transfiguración del sistema económico. La sociedad que surgía pasaba de una economía prioritariamente agraria a otra de intercambio. Las vías de comunicación se multiplicaban; los burgos crecían y adquirían fuerza. El dinero como instrumento de relación económica fue tomando por esos años una importancia nunca antes vista.

Aparecieron con ello, nuevos actores sociales –los artesanos y mercaderes con sus respectivos gremios- cuyo dinamismo y pujanza, luchando por su propia autonomía, entraba muchas

veces en conflicto con los señores tradicionales de la tierra. Ellos devenían en grupos de poder nuevos, sujetos sociales que bregaban por abrirse un espacio, con la energía propia de su carácter reciente. Eso significaba, evidentemente, tensiones nuevas dentro de una sociedad que parecía haber logrado su estabilidad. Los signos de vida en la historia humana siempre están preñados de contradicciones.

Todo este contexto iba a influir en la mentalidad de los cristianos en lo que respecta a la manera de ver y tratar a los pobres. Se notó un cambio de actitudes, peligrosas por sus consecuencias. La Europa de la alta edad media no había sido, mi mucho menos, una Europa opulenta. Los accidentes de la naturaleza, las épocas de hambruna o de peste, afectaban duramente y desequilibraban a todos los niveles sociales. Había menos distancia entre ricos y pobres. La práctica de la limosna tenía más la característica de un compartir fraterno de los frutos de la tierra. Era un gesto concreto del amor cristiano –una práctica de misericordia y solidaridad elemental llamaríamos hoy- alimentada con la tradicional actitud evangélica que miraba al pobre como imagen de Cristo, en la línea de Mateo 25. Acoger al pobre y al que sufría necesidad, compartir los bienes con el necesitado era acoger a Cristo y comulgar con El. Esta actitud se había mantenido a lo largo de los siglos, a pesar de los abusos y pecados de la iglesia.²

place des pauvres entre le X et le XIII siècles”, p 249 y ss.: y, del mismo autor: “Vers 1188: le nouveau monachisme “érémitique”, p 257; M Nollat, “Movimientos de pobreza y servicio en la historia de la Iglesia”, Concilium 124, (abril 1977).

2 Esta manera de ver y de actuar había tenido mucha importancia en los primeros siglos de la iglesia. Los obispos eran vistos en esas épocas como padres de los pobres, y sus casas como lugar de acogida para ellos. El tema es profundo y de raigambre bíblica. Con ello la comunidad cristiana de los primeros siglos fue lugar de defensa, abrigo y dignificación de los pobres. Eso era posible en gran parte por el hecho que la iglesia de los primeros siglos no estaba ligada al poder y, por ello, estaba en mejores condiciones para ser cercana y buena nueva para ese tipo de personas. Tenía libertad para ejercer su función profética. En la edad media la situación era diferente pues la iglesia era parte del poder...estaba más lejos de los desvalidos; era, inclusive, motivo de escándalo para ellos...

Pero en los siglos XII y XIII, el desarrollo del uso del dinero trajo varios cambios en situaciones y mentalidades. Por un lado, la diferencia entre pobres y ricos se hacía más grande puesto que éstos crecían en bonanza y aquéllos aumentaban en número y en miseria. Los pobres además vivían más desvalidos que antes, pues en el tipo de economía anterior, la relación directa con la naturaleza les proporcionaba al menos, ciertas posibilidades, cierto alivio; en cambio, en la ciudad, sin esa relación primaria, la situación era desesperante. Aquí los pobres aparecerán más claramente en contraposición al rico. En épocas anteriores ellos eran vistos más bien como los débiles en contraposición a los poderosos. En cambio, en la ciudad, la situación es cualitativamente distinta, mucho más dolorosa y además, socialmente mucho más visible. Pero aumentaría también el desprecio hacia ellos, y mayor sería la dificultad para ver en los desafortunados la imagen de Cristo. Más bien se tendería a verlos como imagen del pecado y sus consecuencias, ya que la riqueza, al estar menos ligada a los avatares de la naturaleza, aparecía más claramente como fruto del esfuerzo del individuo. Con ello, era casi espontáneo el juicio moral negativo frente a los pobres: si éste carecía de dinero era muy probablemente debido a su pereza. Se regresaba así a antiguas actitudes del tipo de las que se ven en el libro de Job, y que por otra parte son tan comunes en toda época y en toda sociedad.

Por otro lado, la práctica de la limosna también empezó cambiar de modalidad y de carácter. Era menos un compartir los frutos de la tierra en una situación de cierta horizontalidad –como en la etapa anterior- y atendía más bien a devenir una mera entrega de monedas, diluyéndose así el sentido del compartir.

Las diferencias y los desprecios se ahondaban, aunque se mantenía el ropaje de la caridad.

b) Crisis eclesial y los pobres: los "pobres de Cristo".

La Iglesia sufrirá también de todos estos cambios. Ella, en los siglos críticos del derrumbe del imperio, había tenido un papel de suma importancia como fuerza de resistencia en el caos y como núcleo de reconstrucción de la sociedad nueva. Ella fue también en gran parte, gestora del orden medieval, marcándolo con su espíritu evangélico. Pero en ese proceso, ella quedó inevitablemente identificada con lo que engendró. Por eso no es falso decir que la Iglesia no sólo fue madre de la cristiandad sino también parte integrante y activa en ella. Participó en toda la vida de esa sociedad, inclusive en la riqueza y en las estructuras del poder. Y debido a esa situación, vivió muchos y graves problemas que la afectaron en su vida e imagen. Diócesis y monasterios tenían en propiedad grandes extensiones de tierra. Obispos y abades eran a menudo señores feudales, parte de la nobleza de la época. El papado no era sólo autoridad religiosa de la cristiandad sino que además dominaba sobre los estados pontificios. La misión espiritual estaba muy ligada a los intereses económicos, a las luchas políticas por el poder. Esta situación, explicable por los complejos procesos de los inicios del medievo, era ya, en la época que estamos tratando, problema grave, motivo de serias tensiones entre los cristianos.

La llamada reforma gregoriana, iniciada en realidad por León XI (1049) y profundizada por su sucesor, Gregorio VII, fue una iniciativa valiente para poner orden, luchando por la autonomía eclesial con respecto de los príncipes y tratando de poner freno a la inmoralidad reinante en

el clero y los monasterios. Este esfuerzo, muy importante por cierto, no pudo solucionar sin embargo la complejidad existente: había demasiadas costumbres arraigadas e intereses creados. Logró, es verdad, avances en cuanto a la autonomía política de la iglesia, pero los lazos con la riqueza y el poder eran demasiado profundos y difíciles como para extirparlos del todo. En el siglo XIII todavía se vivía serias dificultades y escandalosos contra testimonios. Debido a ello, la vida de la iglesia estaba herida.

Ya en el siglo XI se nota, desde la población, reacciones fuertes contra este estado de cosas. Hay movimientos de retorno radical al evangelio, muchas veces cargados de agresividad y de espíritu contestatario. Se exigía una lectura y una práctica radical del evangelio, "*sine glossa*", es decir, sin interpretaciones justificadoras de la mediocridad o del escándalo.

La devoción a "Cristo pobre" nace en ese contexto. Es clamor por una vida en la verdad. Se sentía la urgencia de recuperar en lo concreto, la exigencia de la humanidad de Cristo, nacido en un pesebre, muerto en una cruz. "*Nudus, nudum Christus sequi*" –seguir desnudo al Cristo desnudo– será lo que expresará esa inquietud de espiritualidad encarnada, en reacción contra un estilo de vivir la fe en la opulencia.

Pero, muy rápido aparecieron diversos grupos que, por su arrastre popular, llegaron a ser verdaderos movimientos religiosos. Recibieron el nombre genérico de "pobres de Cristo". Todos ellos buscaban una fidelidad radical al Señor pero no todos lograban un enlace adecuado con la comunión eclesial. No era extraño, en efecto que, al rechazar el estilo de vida del clero, llegaran a negar hasta los sacramentos administrados por esos ministros. Ése será el carácter de las herejías que encontramos en el siglo XII.³ El malestar generado era por lo tanto grande. Tenía repercusiones peligrosas para el tipo de orden establecido en el que lo social y lo religioso estaba tan entremezclado.

La autoridad tuvo que intervenir, y lo hizo de diferentes maneras. Por un lado, avanzando en la reforma gregoriana iniciada hacía casi 150 años⁴. Otra medida fue la de intensificar la predicación en medio del pueblo, pues la decadencia vivida había descuidado gravemente, y por decenios, este ministerio en regiones enteras. Finalmente, hubo también medidas de tipo represivo. Pues era preciso tanto discernir una propuesta auténtica de otra sectaria y de ruptura, así como poner orden en las reacciones espontáneas de la población⁵. Eran éstas, en verdad, épocas sumamente tensas y difíciles.

3 En los primeros siglos de la iglesia las herejías estuvieron ligadas a la manera de comprender y transmitir la novedad aportada por el evangelio. Luego, entre los siglos V y XI ellas fueron asunto de pequeños grupos que rompían con la iglesia por motivos también doctrinales. Ahora en cambio, los cuestionamientos tenían como base un problema ético y de autenticidad de vida y por ello, adquirieron mayor raigambre popular.

4 Por ejemplo Inocencio III (1198-1216) impuso ahondar esta reforma como uno de los objetivos de su pontificado.

5 Las discusiones eran a veces violentas entre la misma gente. Se sabe de casos de verdaderas batallas al respecto, de sanciones populares sumamente crueles: torturas, pena de la hoguera contra los agitadores, etc. Este es el contexto que dará lugar, más tarde es el siglo XIII, a la constitución del Tribunal de la Inquisición.

c) Valdenses y cátaros

Tenemos que hacer mención especial aquí a dos movimientos de este tipo, los valdenses y los cátaros o albigenses, por su importancia en la época de Francisco y Domingo.

Pedro Valdo, comerciante de la ciudad de Lyon, será unos treinta años mayor que Francisco de Asís. Al enviudar (alrededor de 1170), movido por un fuerte amor a Cristo y al evangelio, deja a sus hijos encargados a una familia de confianza, vende todos sus bienes y empieza una vida itinerante de predicador del evangelio acompañado por un grupo de discípulos. El texto evangélico que lo inspira es aquél del envío de los 72 discípulos: "...los envío de dos en dos delante de sí...no lleven ni bolsa ni alforja, ni sandalias...permanezcan en la casa comiendo y bebiendo lo que les ofrezcan porque el obrero tiene derecho a su salario" (Lc. 10, 1-13). Siguen al pie de la letra esta indicación y van de pueblo en pueblo como predicadores itinerantes sin equipaje ni seguridades, sólo dependiendo de la acogida de sus auditores. Pedro Valdo fue un apasionado de la Biblia. Logró que se la tradujera del latín a la lengua vernácula para poder darla al pueblo sencillo. Tomó en serio, a la letra, el evangelio con un amor grande a Jesucristo y con el deseo de entregarlo lo menos infielmente posible a los pobres y humillados de su época. Su intención no fue de ninguna manera romper con la iglesia. Su deseo era vivir con radicalidad la práctica del anuncio de la Palabra. Inclusive hizo un viaje especial a Roma para obtener ese permiso del Papa, quien accedió exigiéndole sin embargo solicitar siempre a cada ordinario del

lugar la debida autorización. Esa cláusula restrictiva fue la que luego creó los problemas. En efecto, los grupitos de predicadores, muy bien acogidos por la población, no fueron siempre bien vistos por obispos y sacerdotes. Las tensiones no tardaron en manifestarse y produjeron la crisis. Algunos valdenses continuaron en comunión con la jerarquía –son los llamados "pobres de Lyon" o "humillados"-, los otros rompieron y fueron considerados herejes⁶.

El movimiento llamado cátaro (del griego: puros) fue, en los inicios del siglo XII, otro movimiento herético de proporciones. Venían del oriente (Constantinopla) y llegaron al mundo occidental, vía Bulgaria, gracias también al desarrollo de los caminos. Tenían una visión dualista, de influencia maniquea: Dios era para ellos el creador del mundo espiritual; Satán el del mundo material. El ser humano era una mezcla de lo divino y lo satánico; Cristo era visto, no como hombre sino como el mayor de los ángeles. Para ellos la iglesia católica era una corrupción de la vida cristiana. Este movimiento tenía sin embargo elementos que lo hacían particularmente atrayente: su crítica frontal a la iglesia, su estilo de vida marcado por una fuerte austeridad y vida comunitaria, su organización disciplinada y un gran dinamismo misionero. El ritual que empleaban era, por lo demás, muy parecido al católico, lo que favorecía la aceptación para parte de la gente. El movimiento caló sobre todo en la región del sur de Francia, en especial en Albi –de ahí el nombre de albigenses– donde inclusive el duque de la región se convirtió a la secta.

6 Este movimiento se inició en los años del nacimiento de Francisco. La influencia valdense, debido a las nuevas vías de comunicación, llegó a varios lugares de Europa. Los historiadores encuentran bases para sospechar, por ejemplo, que el sacerdote que predicó ese mensaje a Francisco, y que tanta influencia tuvo luego para esclarecer su vocación, era un hombre marcado por la influencia valdense.

II. FRANCISCO DE ASÍS (1181-1226): SEGUIR LAS HUELLAS DE CRISTO POBRE⁷

En este fin de siglo XII, tan lleno de contradicciones y tensiones, nace, en 1181, Francisco, en Asís, un pueblito de Italia, burgo similar a tantos otros, en lucha por su autonomía y además, en conflicto con su competente vecino, Perusa. Era Francisco, hijo de ese nuevo tipo de comerciante rico que hemos hecho mención más arriba, especializado en el intercambio de telas que traía de Francia y repartía en el resto de la península itálica. Francisco nace en ese mundo, participa activamente en él, ayudando a su padre en sus negocios y participando de la problemática de su medio, de su ciudad. Se le ve, por ejemplo, en el conflicto de Asís con Perusa, donde alrededor de 1202-03, a los 21 ó 22 años, cae preso. Es en esa dolorosa situación, que empezará para él aquel proceso de conversión que lo marcará para el resto de la vida.

En prisión, Francisco enfermó y entró en una dura depresión. Una tristeza muy profunda lo invade; no logra comprender la causa. Cuando recobra su libertad se encuentra totalmente desubicado, sin norte. Corrían los años 1205. En ese momento experimenta desde su fe, una verdadera transformación. La persona de Jesús se vuelve tiernamente céntrica para él. Pero, en lugar de llevarlo a una espiritualidad intimista, le desarrolla más bien una extraordinaria sensibilidad para con los pobres, los desubicados, los despreciados de su tiempo, en la línea de Mateo 25. En ellos verá, en efecto, la presencia cuestionadora de Jesús,

que lo humaniza y le da los términos de una auténtica hermandad, la que debe partir, como Jesús, de esos "menores" y marginados de la sociedad. La apertura a los evangelios y la entrada de Jesús en su vida lo llevará, por un mismo dinamismo a abrirse al pobre y dejar que éste invada su vida.

El inicio de su testamento expresa con notable pureza cómo vivió nuestro personaje esa conversión:

"El Señor se dio de esta manera a mí, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia. En efecto, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos la misericordia y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y después de esto, permanecí un poco de tiempo y salí del siglo".

El don de "hacer penitencia" no es otro que salir de la inhumana situación de ceguera indiferente, propia de un joven burgués, hacia una delicada sensibilidad por la situación de los sufrientes. Esa nueva luz revitalizadora es lo que Francisco considera regalo del mismo Señor: "El Señor me dio, de esta manera a mí, el hermano Francisco, el comenzar..." Era totalmente normal, en efecto, para un joven de su condición, sentir "sabor muy amargo" ante los leprosos. Porque malograban el aspecto y el orden de la ciudad: incomodaban. Porque eran repugnantes a la vista, malolientes y gravemente contagiosos.

7 Dentro de la abundante bibliografía, hemos consultado especialmente: J.J Guerra: San Francisco, escritos, biografías, documentos de la época; B.A.C. Madrid, 1985; AA.VV: La Pauvreté...: E. Leclercq: La pauvreté de St. François; En AA.VV: La pauvreté, un défi...: Jean Comby: La pauvreté chez Valdo et François d'Assise, p 269 y ss; Leonardo Boff: San Francisco de Asís, ternura y vigor, Santander 1982.- Concilium 169 (nov. 1981): Francisco de Asís hoy.- Julio Nicó: La conversión de Francisco.

Desde la nueva luz recibida, Francisco puede calificar su anterior indiferencia y repugnancia como "estar en pecados". Comprende en cambio, como una auténtica liberación por parte de su Señor, de aquellas ataduras que le impedían ser cristiano. Toda su vida en efecto cambió.: "se dio...a mí...el comenzar". De la repugnancia y la indiferencia pasó al acercamiento al pobre –"se condujo en medio de ellos"-, es decir, no sólo a visitarlos esporádicamente sino a compartir con ellos todo lo que tenía: "y practiqué con ellos la misericordia". Además fue liberación humanizadora y generadora de profunda alegría, que esfumó toda la tristeza anterior. Sus sentimientos se llenaron de nueva vida –"dulzura de cuerpo"- y su espíritu renació –"dulzura de alma".

El "comenzar" fue un proceso con etapas que se suceden con una lógica interna llena de evangelio y de humanidad. La primera etapa será aquélla de vivir, cada vez con mayor radicalidad, totalmente para los pobres. La forma de llevar a cabo la "práctica de la misericordia" se alejará en primer lugar –con la espontaneidad propia de Francisco- de ese dar desde la abundancia, característica de la limosna del rico y acentuada en esos años, como vimos más arriba, con la limosna en moneda. Se ve a Francisco desarrollar una extraordinaria sensibilidad ante el dolor de los pobres, en quienes ve a Cristo sufriente. Se irá despojando de todo, donará su manto, lo entregará gradualmente todo, todo lo que le llega a la mano. El episodio conocido del beso al leproso será como la cumbre de su "práctica de misericordia" en esa etapa.

Las dificultades no se dejarán esperar. Su padre es el más afectado y escandalizado. No acepta aquello que le parece irresponsabilidad y locura.

Después de muchas discusiones y tentativas de disuasión, exasperado, se dirige finalmente, con Francisco donde el obispo de la ciudad y lo acusa. Fue como el último intento del padre para recuperar a su hijo y colaborador. Ahí tiene lugar el gesto de libertad profética, tan sorprendente como significativo: Francisco, despojándose, entrega toda la ropa a su padre y, desnudo, se abandona en manos de su obispo. Lleva así a la letra el conocido "nudus, nudum Christum sequi" –desnudo, seguir al Cristo desnudo-. Gesto de ruptura radical con su situación de hijo de comerciante, de ruptura con el fuero cívico, gesto de liberación para una total libertad para amar –es lo que él indica en el testamento con la expresión "salí del siglo".

Será éste el inicio de lo que los estudiosos llaman la segunda etapa del acercamiento de Francisco a los pobres. A partir de ahí ya no sólo vivirá para los pobres sino con los pobres. Asumirá en efecto, desde ese día el vestido de los ermitaños –signo de su nuevo status social-, e irá sirviendo a los desgraciados y desviviéndose por ellos, ya no como rico sino con la sencillez horizontal de un hermano más, en solidaridad que dignifica. Su seguimiento a Cristo crucificado le exigió encarnarse así entre los crucificados reales para servirles como hermano. Vivió ese paso como una auténtica liberación, con alegría.

Falta sin embargo el tercer paso, el vivir como los pobres. El hecho ocurre alrededor de 1208, en la iglesia de la Porciúncula, cuando Francisco tenía 27 años. Sus biógrafos cuentan cómo una mañana, al escuchar al sacerdote explicar en la homilía el texto de Mateo 10 sobre el envío en misión de los doce, Francisco quedó cuestionado y por ello, fue luego a hablar con el sacerdote. Su biógrafo, Celano, narra:

"Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero, ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón, ni tener calzado, ni dos túnicas sino predicar el Reino de Dios y la penitencia, al instante, saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor, exclamó: 'íesto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica!'" (I Celano, 9).

El texto de Mateo 10 da norte definitivo a la vida de Francisco. Tratará de seguir a Jesucristo viviendo el evangelio "*sine glossa*", en total pobreza e identificación con los pobres. Esa será también para Francisco la opción fundamental de su familia religiosa. El texto de la primera Regla nos lo expresará con claridad ⁸

"Esta es la regla y vida de los hermanos: vivir en la obediencia, en castidad y sin nada propio⁹ y seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo; el cual dice: 'si quieres ser perfecto, vete y vende todas las cosas que tienes y dáselas a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme' (Mt. 19,21). Y también: 'Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame' (Mt. 16, 24). Asimismo: 'Si alguno quiere venir en pos de mí y no odia padre y madre,

mujer e hijos y hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío' (Lc. 14, 26). Y: 'Todo el que haya abandonado padre o madre, hermano o hermana, mujer o hijos, casa o campos, por mi causa, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna' (Mt. 19, 29; Mc 10, 29; Lc 10, 29)". (I Regla, Cap. I).

La intención de Francisco es clara y la hemos resaltado con los subrayados: seguir la doctrina y las huellas de Cristo, nada más y nada menos. La finalidad de la familia del "Poverello" es, simple y llanamente seguir a Cristo, identificarse con Él. Es asumir de veras la vida evangélica. Y la lista de textos evangélicos puestos uno tras otro, sin comentario, indica con claridad su objetivo.

Los medios que pone son diáfanos: el acto inicial será el despojo solidario radical –"vende todo y dáselo a los pobres"- para poder seguir al Señor en libertad. Pero es necesario precisar. En efecto, la vida monacal de la época también era "sin nada propio". Pero ahí, la pobreza individual del monje quedaba altamente compensada con la inocultable seguridad y la escandalosa riqueza comunitaria. Francisco buscará muy conscientemente no sólo una pobreza individual, exigirá también la pobreza comunitaria, ubicará a su familia religiosa de manera muy precisa en el lugar social y la situación de los pobres de su época, inclusive en la forma de ganarse la vida.¹⁰

8 El texto de la I Regla es el de redacción más libre y espontánea de Francisco, antes que tuvieran lugar las tensiones de la primera generación franciscana y por lo tanto, antes también, de las exigencias que le impuso luego Roma y que lo llevaron a redactar la II Regla.

9 Este inciso era exigido por la Santa Sede para las reglas de toda familia religiosa; no es por lo tanto específico de la intuición de Francisco. Lo que sigue es lo típicamente franciscano en el texto.

10 El candidato a la familia franciscana debía iniciar un proceso de despojo de sus bienes –"anda y vende todo"- antes de ser aceptado en la familia; pero, además, los miembros de ésta debían velar por mantener comunitariamente eso que algunos autores llaman la actitud de radical no-apropiación; es decir, la voluntad de quedarse como una real fraternidad pobre. Francisco no deseaba repetir la experiencia de los monasterios. Para ello, entre otras medidas, los hermanos vivirían como los pobres

Las inquietudes e intuiciones que agitan el espíritu de Francisco no son distintas a las de su época. Hemos podido ver, por ejemplo, cómo treinta años antes, Valdo fue movido por una similar preocupación. Sin embargo, la hondura y pureza del pobre de Asís logró algo que otros no habían podido obtener: la aceptación plena por parte de la autoridad eclesial. Es lo que en forma diáfana y sencilla él recuerda en su testamento: "Y yo lo hice escribir en pocas palabras y el señor Papa me lo confirmó".

La genialidad espiritual de Francisco permitió que, finalmente, lo mejor de las inquietudes de su época, lograran ser acogidas y entregadas para enriquecimiento del conjunto de la iglesia. Este hombre aparece así como la cumbre de un importante y muchas veces doloroso movimiento de retorno al evangelio comenzado muchos años antes.

Nos puede extrañar quizás el no encontrar en su obra ninguna palabra explícita contra las injusticias de su época. Su profecía no es igual a la de los padres de la iglesia. El contexto era diferente. El gran escándalo lo constituía la riqueza de la iglesia. Y eso que había graves insensibilidades, graves pecados de abuso dentro de la cristiandad de la

época. Francisco no expresa ninguna crítica a ese estado de cosas. Más aún, él considera que tal crítica podría expresar una cierta soberbia espiritual¹¹.

Pero en cambio, sí rompe de facto con su status social, adoptando resueltamente el de los "menores" de la sociedad. Tendrá además, textos muy fuertes contra la atracción irracional que produce el dinero¹². Al hacer eso, Francisco cuestionaba y denunciaba con hechos la injusticia inherente de la sociedad mercantil de su época. Ese fue su actuar profético.

Me atrevo a decir que el proceso vivido por este hombre fue profético y significativo justamente por encarnar en su proceso personal el camino que a la iglesia le quedaba por recorrer en su propia reforma. Ella debía en efecto, empobrecerse como Francisco, para liberarse a sí misma y así redescubrir a su Señor ubicándose mejor en el lugar social por Él escogido. Ella debía empobrecerse también para realizar adecuadamente su misión de ser buena nueva para los pobres y encontrar la autoridad moral y la libertad espiritual para hablar de nuevo, como los padres de la iglesia, de la situación de los pobres a la sociedad de ese siglo.¹³

y no tendrían derecho a recibir donaciones o herencias. Trabajarían en los trabajos de pobres y vivirían de lo que obtuvieran en retribución por sus labores, excepto dinero. Y "cuando sea menester vayan por limosna como los otros pobres" (I Regla, 7).

- 11 La actitud de Francisco, diferente en este aspecto de los grupos pauperísticos, no es de crítica verbal ni contra la iglesia ni contra las clases sociales más altas. No por falta de lucidez, ciertamente. Se comprende esto en el contexto convulsionado de la época. Excluyó, quizá por opción o por temperamento, todo tipo de polémica contra las estructuras. El sólo reclamó un espacio dentro de la iglesia para vivir su experiencia.
- 12 Los escritos de Francisco muestran claramente su aversión al dinero. Intuye, a partir de su experiencia, lo tentador que es este dinero y su fuerza para distorsionar las relaciones sociales. Es lo que, siglos más tarde, se llamará el fetichismo del dinero.
- 13 Es ése a mi parecer el sentido del "Saludo a las virtudes", saludo gozoso a una dimensión de la pobreza espiritual que no se vive sino en la radicalidad de una práctica de solidaridad concreta. Fue su experiencia personal y, por otro lado, lo que tanto necesitaba la iglesia: "...Señora santa pobreza, ¡el Señor te salve con tu hermana la santa humildad!...la santa pobreza confunde a la codicia y a la avaricia y las preocupaciones de este siglo. La santa humildad confunde a la soberbia y a todos los mundanos y a todo lo mundano..." Poesía con contenido profético concreto; llamada fuerte a una conversión en los hechos.

Podemos medir quizás las características proféticas de la intuición de Francisco tanto por la inmensa simpatía y atracción que generó en la gente de su generación, como por las dificultades encontradas para continuar la intuición primitiva. La compleja, rica, pero también dolorosa historia del llamado franciscanismo está ahí para indicarnos cuán difícil fue -y es- para la iglesia vivir de veras el Evangelio.

III. DOMINGO DE GUZMÁN (1170-1221) POBRE Y LIBRE PARA LA PALABRA¹⁴

Unos diez años mayor que Francisco, Domingo nace en España y tiene un proceso personal muy diferente del de Francisco. No parece haber pasado por dramáticas crisis y los primeros documentos lo presentan como un sacerdote de la diócesis de Osma que participa, gracias a la benéfica influencia de su santo obispo, Diego de Acebes, del espíritu de reforma eclesial de espíritu gregoriano que, en la práctica, para los sacerdotes diocesanos de la época, ofrecía como posibilidad la llamada "vida apostólica" inspirada en la comunidad primitiva del libro de los Hechos. Llevó una vida comunitaria, en sencillez y pobreza, con comunidad de bienes según la Regla canonical de San Agustín.

Muestra, ya desde los inicios su sensibilidad frente a las situaciones de pobreza. Es conocido el episodio de Palencia cuando joven sacerdote estudiante, vendió todos sus libros ante la trágica situación generada por una peste y su secuela de hambruna. Un testigo

trasmite sus sentimientos y sus decisiones firmes: "No quiero estudiar sobre pieles muertas mientras hay hombres que mueren de hambre".¹⁵ Este gesto generó un movimiento de solidaridad por parte de profesores y alumnos y, según los historiadores, marcó para Domingo la conversión a la radicalidad evangélica de la que ya nunca se apartó.

A inicios del siglo XIII parte como acompañante de su obispo a una misión diplomática al norte de Europa. Es al regreso que ambos encuentran en el sur de Francia, en Montpellier a los enviados papales, hombres del Cister, en misión para contrarrestar la influencia de los albigenses. Estaban evaluando su trabajo, decepcionados por los pocos resultados obtenidos. Diego de Acebes escucha a esos misioneros, escucha también las reacciones de las gentes de Albi. Los misioneros según las costumbres de la época, iban con "grande y aparatoso aparato de caballos y vestidos", dada la autoridad con la que estaban investidos; el pueblo en cambio era muy sensible a la cercanía y sencillez de vida de los albigenses. El santo obispo Diego reaccionó y dijo con franqueza su opinión:

"No es éste hermanos, a mi juicio, no es éste el camino. Creo que es imposible que se vuelvan a la fe sólo con palabras estos hombres que se apoyan más bien en los ejemplos... con un espectáculo contrario edificaréis poco, destruiréis mucho y no lograréis nada. Sacad un clavo con otro clavo, oponded la verdadera religión a una fingida santidad... -"¿Qué nos aconsejáis buen padre?"- ..."retocad

¹⁴ Libros y artículos consultados: Salmes, Lorenzo y Gómez: Vito T. (eds.) Domingo de Guzmán, Fuentes para su conocimiento, B.A.C. 1987. Vicaire, Marie-Humbert, Histoire de St. Dominique, 1982. En AA.VV. La pauvreté..., Chenu: La pauvreté mendicante: Saint Dominique. Beduelle, Guy: La fuerza de la Palabra: Domingo de Guzmán, Salamanca, 1987.- Pablo Thai Hop, Domingo de Guzmán y la opción por los pobres, Chimbote, Cincos, 1987.

¹⁵ Testigo de Bolonia, n. 7.

lo que me viereis practicar. En seguida, impulsado por el Espíritu, llamó a los suyos y les dio orden de regresar a Osma con sus acémilas y aparatoso séquito, reteniendo en su compañía tan solo un grupito de clérigos. Estuvo consigo el mencionado Domingo... (Los abades) tomando al obispo por superior y cabeza de toda la obra, yendo a pie, sin dinero, en voluntaria pobreza, comenzaron a predicar la fe" (Jordán de Sajonia, Origen de los Predicadores, 13 y 14).

Éste fue el origen de la orden dominica. Poco tiempo después, en efecto, el obispo debió regresar a su diócesis y Domingo quedó encargado de la empresa. Era allá por los años 1206. La Orden de los Predicadores tendrá esa intuición original. Para anunciar el evangelio era preciso en la práctica, dar testimonio del absoluto abandono al Señor de la Buena Nueva, era preciso hacerlo en cercanía y solidaridad con los despreciados. Debían ser libres e itinerantes, sin poder y sin dinero como aquellos primeros discípulos que Jesús envió en la primera misión. Se nota aquí con toda claridad las exigencias de la época, expresadas por ejemplo por los valdenses de manera contestataria, pero que era anhelo intenso de retorno auténtico a la vida evangélica.

Domingo, a través de esta experiencia, enriquece la concepción

de la "vida apostólica" tal como se vivía en la iglesia. Era tradicional hasta ese momento identificarla con la vida monástica y canonical. Subrayaba sobre todo la forma de vida de la primera comunidad de Hechos 2. Domingo en cambio, de acuerdo con su tiempo, verá en la "vida apostólica" la forma de vida por excelencia del evangelizador: testigo del Reino, pobre porque en absoluto abandono al Padre y porque solidario con los despreciados. Itinerante y sin ninguna seguridad material, para seguir el mandato de Jesús. Viviendo de lo que les dieran, sin ninguna provisión, en actitud de total confianza en el Padre. Su manera de salir a misión debía ser fruto de una profunda experiencia espiritual y, para los auditores de la época de Domingo, signo de credibilidad por su autenticidad radical.

Es sumamente interesante cómo Inocencio III intuye la certeza evangélica de esa opción y su conveniencia para contrarrestar la influencia de los albigenes. Es lo que atestigua una carta de 1206 al legado pontificio en Francia para que apoye la intuición de Diego de Acebes:

"Busca varones probados y que te parezcan aptos; hombres que, imitando la pobreza de Cristo pobre, no teman acercarse a los despreciados con un vestido despreciable y un espíritu ardiente" (subrayado mío).¹⁶

¹⁶ Nótese cómo el Papa habla aquí de Cristo pobre. Es un signo interesante y significativo. Pues el tema espiritual de Cristo pobre había nacido desde hace varios decenios ya, pero se había desarrollado sobre todo en círculos exigentes de reforma y muchas veces contestatarias con el estilo de vida de la iglesia de entonces. El Papa acoge la expresión en este texto y señala con ella las condiciones de credibilidad para una predicación. Es signo que el tema está siendo asimilado. Para presentar el mensaje del evangelio, según el Papa, el predicador deberá asumir el estilo de vida de Cristo pobre, es decir, un acercamiento real a los "despreciados", que incluye inclusive un vestido "despreciable" —nótese que no hay aquí para el Papa ninguna valoración positiva del pobre o la pobreza, no es para él ni dignidad ni virtud; es un mal. El predicador, en una sociedad tan estratificada como la de su época no debía dudar asumir, a ejemplo de Jesús, una forma de ser que lo ubicaba socialmente, por amor evangélico, entre los "menores". Ese abandono concreto al Reino era la manera de expresar y alimentar el "espíritu ardiente" del predicador.

Al igual que Francisco, no encontramos en Domingo la vena profética al estilo de los padres de la iglesia. Su vida está marcada, ya lo vimos, por una sensibilidad por el pobre, manifestada ya en su tiempo de estudiante, pero también en la austeridad personal durante toda su vida y que él deseaba intensamente para sus frailes. Sin embargo, su vocación es la del predicador. Su aporte fundamental fue enriquecer en todas sus dimensiones esa tarea esencial de la iglesia tan descuidada en esos años. Para ello, no sólo insistió en la seria preparación intelectual de los predicadores como forma de respetar la transmisión de la Palabra de Dios en una sociedad muy cambiante y difícil; sino ejerciéndola en la itinerancia y mendicidad como obediencia literal a las palabras evangélicas, actitud espiritual de profundo abandono al Padre, de solidaridad con los necesitados y de libertad verdaderamente evangélica frente a toda atadura y seguridad humanas. Con ello purificó la labor de la predicación de estilos mundanos banales y rutinarios. Puso así las bases para que el mensaje de la iglesia adquiriera credibilidad en un pueblo desorientado y sediento de testimonios de autenticidad.

IV. ¿EFICACIA TRANSFORMADORA DE FRANCISCO Y DOMINGO?

Las páginas anteriores indican hasta qué punto el tema de los pobres inquietó siempre a los cristianos pero, específicamente a las generaciones de los siglos XII y XIII que estudiamos. El aumento de estos nuevos rostros de pobres era signo de un desequilibrio real, de un orden social que distaba mucho de ser fraterno al ser incapaz de dar un lugar digno a esa población en aumento. Su sola presencia era ya un silencioso pero trágico cuestionamiento al desarrollo obtenido. Este cuestionamiento incluía

forzosamente a la iglesia, tan involucrada, tan partícipe de la sociedad de entonces.

Es verdad que el tema de la pobreza siempre ha sido inquietud y motivación para los movimientos de reforma eclesial. En los monasterios de la edad media hay muchos ejemplos del retorno a esa observancia –el Cister es uno de esos casos, pero no es el único ni mucho menos-. Sin embargo las reformas dentro de los monasterios quedaron desbordadas por el cambio social, el crecimiento de las ciudades y las exigencias de la época. Se necesitaba una vida cristiana fiel al evangelio en medio de la sociedad que se gestaba. En medio, sobre todo, de esos submundos de nuevos pobres, tan despreciados y, como en general suele ocurrir, sin lugar ni consideración en el nuevo orden que surgía. Los monasterios no podían dar respuestas a estas nuevas exigencias.

En ese contexto brotaron con fuerza beligerante los movimientos pauperísticos a los que hemos hecho referencia en este artículo y que tantas dificultades tuvieron para expresarse dentro de la comunión eclesial. Es mérito de Francisco y de Domingo haber sabido ser portadores de las mejores inquietudes de esos movimientos y, con su santidad creativa, lograr vivirlas con fidelidad audaz dentro de la iglesia que hasta ahora había visto estos movimientos con temor y desconfianza. Fue también mérito entre otros, del Papa Inocencio III, el haber comprendido la profundidad de estos dos grandes hombres y acogerlos. Al actuar así se logró abrir un camino eficaz de acercamiento de la iglesia a la sociedad de la época. Y cuando se recuerda el papel tan central que tenía la iglesia en la organización y mentalidad de la cristiandad, este paso tuvo evidentemente repercusiones en la sociedad.

Las familias de Francisco y Domingo –y luego las otras órdenes mendicantes- se ubicaron en el mundo real de los pobres. Se ubicaron, a diferencia de los monjes, en las ciudades, y concretamente, en las periferias, en los lugares donde se aglomeraban los miserables. Era una nueva manera de presencia de iglesia dentro de la sociedad. Contribuía a dar una imagen de cercanía de Cristo a los despreciados del mundo. El cambio era importante pues de hecho los monasterios y las catedrales no daban precisamente ese testimonio. Su imagen era más bien de distancia y lejanía para los pobres.

Esto tuvo varias consecuencias. Una de ellas fue la de contribuir a la dignificación de los pobres. Dijimos páginas más arriba, que con la afirmación de una sociedad mercantil y la importancia del dinero, se iba perdiendo la mirada respetuosa al pobre como imagen de Cristo y se tendía a ver su pobreza como fruto e imagen del pecado. El pobre devenía despreciable por pecador. La caridad tendía a reducirse a la fría entrega de algunas monedas. En cambio el acercamiento de estos nuevos religiosos a los despreciados, asumiendo inclusive su lugar y estilo de vida, fue un testimonio de solidaridad muy importante. Contribuyó a que se retomara con vigor la antigua actitud de los cristianos frente a los pobres – imágenes de Cristo, preferidos del Señor – tal como la encontramos en la época de los padres. Fue factor de dignificación. Fue profecía transformadora más por los hechos que por las palabras. Contribuyó a que muchos cristianos recuperaran la actitud evangélica primitiva frente a los pobres.

Pero además hizo que muchos pobres descubrieran en los mendicantes una iglesia cercana a ellos y más

aún, una iglesia que les permitía un espacio nuevo. Un ejemplo de ello es la cantidad importante de gente humilde y despreciada que encontró entre los franciscanos, un lugar eclesial de igualdad, impensable en los estilos sociales y religiosos de la época. La iglesia con ellos se abría de nuevo, de manera muy fecunda y evangélica a los pobres y despreciados, dándoles un lugar y una función.

Tuvo también un carácter misionero particularmente significativo. Pues los mendicantes se implantaron sobre todo en las ciudades, ahí donde se estaba generando el nuevo tipo de sociedad y estaban en mejores condiciones para captar la problemática del momento. Su cercanía a los pobres de los burgos les permitía participar de su vida y adquirir una nueva sensibilidad ante los cambios a los que éstos estaban sometidos.

Para el tema de nuestro estudio es ilustrativo hacer referencia, por ejemplo, al importante debate sobre el "derecho de los pobres" que tuvo lugar en el mundo universitario de la época (Couvreur, 1962). Eso ocurre en el contexto del redescubrimiento del derecho romano, primero en Boloña, luego en París a raíz de los fuertes cambios sociales que se operaban. El derecho romano había caído en el olvido desde hacía cuatro o cinco siglos debido al orden logrado en el medievo feudal, orden con una cierta estabilidad jerarquizada. Pero los profundos cambios de fines del siglo XII, los nuevos sectores sociales emergentes, exigían ya otras respuestas. Es ahí donde, en la universidad de Boloña primero y luego en la de París, se retoma el derecho romano como fuente de inspiración. Era ésta una legislación hecha en la antigüedad para una civilización urbana, y por lo tanto parecía con más capacidad de legislar la vida de los burgos. Tenía

como característica, entre otras, la de defender de manera cerrada la propiedad privada, estableciendo fronteras precisas entre diferentes sectores sociales. Aceptaba tanto la existencia de esclavos como la de pobres que, en la ciudad, no gozaban de ningún derecho. A lo más podían ser considerados como objetos de misericordia. Era ésta una legislación que atraía evidentemente a los sectores emergentes de las nuevas ciudades.

La iglesia, ya en la época patristica había entrado en conflicto con esas características del derecho romano. Pero el debate vuelve con fuerza en los años que nos ocupan. Se inicia desde mediados del siglo XII. Un Bernardo de Claraval denuncia sin ambages esas leyes como injustas. En cambio el Cardenal de Courson, profesor en París, acoge sin reserva el derecho romano y su lógica. En su perspectiva es inconcebible reconocer algún derecho a los pobres. La preocupación por los pobres pertenece, según él, al orden de la caridad no al de la justicia. Pero es en Boloña, por 1190, que se logra una veta nueva e importante. El canonista Huguccio encuentra una fórmula que retoma en lenguaje jurídico, la antigua tradición de los padres sobre la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes: "Un mismo bien es a la vez propio y común; propio en cuanto a la propiedad y al poder de gestión, común porque debe ser puesto en común con los demás en caso de necesidad". A partir de esa premisa afirma que el pobre no peca ni comete robo si toma el bien ajeno empujado por una necesidad extrema.

Son los dominicos, en especial Alberto el Grande y Tomás de Aquino, en pleno siglo siguiente, los que contribuirán con el peso de su autoridad, a que estos debates no quedaran sólo en discusiones escolásticas. Panormitano,

un célebre jurista, dirá: "En tiempo de necesidad, ya que todas las cosas son comunes, ¿puede el pobre poner recurso contra el rico que rechaza ayudarlo?—Sí puede, por medio de un recurso hecho a través del superior (juez u obispo) quien obligará (al rico) a que ayude al que está en miseria" (*Super Quinto Decretalium*. "De furtis" c. III). El derecho de los pobres empieza a ser una realidad.

Estos debates quizá no hubieran tenido importancia si hubieran ocurrido en otro momento histórico. El ambiente de ebullición social y religiosa de los siglos que hemos estado estudiando, los movimientos contestatarios de retorno al evangelio, las tensiones alrededor de los movimientos pauperísticos, el acercamiento a la vida y drama real de los pobres y finalmente, el surgimiento de personalidades tan fuertes como santas de Francisco y Domingo permitieron cambios de envergadura. Sin esa experiencia desde los de abajo hubiera sido difícil comprender a los pobres como sujetos de derecho en una sociedad. La experiencia del acercamiento de la iglesia a ese mundo fue indudablemente una clave para criticar y superar la manera de ver del derecho romano.

El caminar de la iglesia en el medioevo no fue fácil en relación a la opción por los pobres. Pero lo anotado en estas páginas puede contribuir a ayudarnos a comprender cómo se luchó para mantener viva -a pesar de tantos límites y dificultades, entre errores y aciertos, impaciencias y fidelidad, miedos y santidad- esta exigencia central del Evangelio.

REFERENCIAS:

BEDUELLE, G. (1987) *La fuerza de la Palabra: Domingo de Guzmán*. Salamanca: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

BOFF, L. (1982) *San Francisco de Asís, ternura y vigor*. Santander: Sal Terrae

CARRA DE VAUX, B. (1977) "La place des pauvres entre le X et le XIII siècles". En le nouveau monachisme "érémétique". Revista Concilium, 124. Madrid: Cristiandad.

COUVREUR, G. (1962) Les pauvres ont-ils le droit? Recherches sur le vol en cas d'extreme necessité. En Revista Analecta Gregoriana 111. Roma: PUG.

CHENU, M. D. (1952) *La pauvreté mendicante: St. Dominique*. Paris: Le Cerf

GUERRA, J. J. (1985) *San Francisco, escritos, biografías, documentos de la época*. Madrid: BAC.

NOLLAT, M. (1977) "Movimientos de pobreza y servicio en la historia de la Iglesia". Revista Concilium, 124. Madrid: Cristiandad.

SALMES, L. y Vito T. (1987) *Domingo de Guzmán, Fuentes para su conocimiento*. Madrid: BAC.

THAIP HOP, P. (1987) *Domingo de Guzmán y la opción por los pobres*. Chimbote: Editorial Cincos.